Sede Apostólica
Santo Padre
Benedicto XVI

Mensaje

33º Meeting para la Amistad entre los Pueblos 2012

La naturaleza del hombre es relación con el infinito

19 de agosto de 2012

Al venerado hermano monseñor Francesco Lambiasi, obispo de Rímini:

Deseo dirigir mi cordial saludo a usted, a los organizadores y a todos los participantes en el *Meeting* para la amistad entre los pueblos, que llega a su trigésima tercera edición. El tema elegido este año —"La naturaleza del hombre es relación con el infinito"— resulta especialmente significativo con vistas al ya inminente inicio del Año de la fe, que he querido convocar con ocasión del quincuagésimo Aniversario de la apertura del Concilio Ecuménico Vaticano II.

Hablar del hombre y de su anhelo de infinito significa ante todo reconocer su relación constitutiva con el Creador. El hombre es una criatura de Dios. Esta palabra, "criatura", parece hoy casi pasada de moda: se prefiere pensar en el hombre como en un ser realizado en sí mismo y artífice absoluto de su propio destino. La consideración del hombre como criatura resulta "incómoda" porque implica una referencia esencial a algo diferente, o mejor, a Otro —no gestionable por el hombre— que entra a definir de modo esencial su identidad; una identidad relacional, cuyo primer hecho es la dependencia originaria y ontológica de Aquel que nos ha querido y nos ha creado. Sin embargo, esta dependencia, de la que el

verdaderamente a sí mismo y su propia identidad, para vivir a la altura de su propio ser, el hombre debe volver a reconocerse criatura, dependiente de Dios. Al reconocimiento de esta dependencia —que en lo profundo es el gozoso descubrimiento de ser hijos de Dios— está vinculada la posibilidad de una vida verdaderamente libre y plena. Es interesante notar cómo san Pablo, en la Carta a los Romanos, ve lo contrario de la esclavitud no tanto en la libertad, cuanto en la filiación, en el hecho de haber recibido el Espíritu Santo que nos hace hijos adoptivos y nos permite clamar a Dios «*¡Abba! ¡Padre!*» (cf. Rm 8,15). El Apóstol de los gentiles habla de una esclavitud ”mala”: la del pecado, la ley, las pasiones de la carne. A esta, sin embargo, no contrapone la autonomía, sino la «*esclavitud de Cristo*» (cf. Rm 6,16-22); más aún, él mismo se define: «*Pablo, siervo de Cristo Jesús*» (Rm 1,1). El punto fundamental, por tanto, no es eliminar la dependencia, que es constitutiva del hombre, sino dirigirla hacia el Único que puede hacernos verdaderamente libres.

Pero en este punto surge una pregunta: ¿No le es tal vez estructuralmente imposible al hombre vivir a la altura de su propia naturaleza? Y ¿no es tal vez una condena este anhelo hacia el infinito que él mismo advierte sin poderlo satisfacer nunca totalmente? Este interrogante nos lleva directamente al corazón del cristianismo. El Infinito mismo, en efecto, para hacerse respuesta que el hombre pueda experimentar, asumió una forma finita. Desde la encarnación, desde el momento en que el Verbo se hizo carne, quedó eliminada la insalvable distancia entre finito e infinito: el Dios eterno e infinito dejó su Cielo y entró en el tiempo, se sumergió en la finitud humana. Ahora ya nada es banal o insignificante en el camino de la vida y del mundo. El hombre está hecho para un Dios infinito que se ha hecho carne, que ha asumido nuestra humanidad para atraerla a las alturas de su ser divino.

Descubrimos así la dimensión más verdadera de la existencia humana, que el siervo de Dios Luigi Giussani recordaba continuamente: la vida como vocación. Cada cosa, cada relación, cada alegría, como también cada dificultad, encuentra su razón última en el hecho de que es ocasión de relación con el Infinito, voz de Dios que continuamente nos llama y nos invita a elevar la mirada, a descubrir en la adhesión a Él la realización plena de nuestra humanidad. «*Nos has hecho para ti —escribía san Agustín— y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti*» (*Confesiones* I, 1, 1). No debemos tener miedo de aquello que Dios nos pide a través de las circunstancias de la vida, aunque sea nuestra entrega total